

CUENTO N° 14

TÍTULO: LAS TRAVESURAS DEL ABUELO

SEUDÓNIMO: MAVIS

AUTORA: LILIAN MARÍA MATURANA CÁCERES

LAS TRAVESURAS DEL ABUELO

La abuela había muerto de improviso, dejando solo al abuelo.

Al principio, el anciano se había aferrado tercamente a su casa, a sus muebles, a todo lo que le recordara a ella. Pero, al final, lo venció la soledad y se entregó mansamente a la voluntad de su hija. Así fue como llegó a vivir con la familia que ella había formado.

Su nieto, Pablo, tenía quince años y conocía poco a su abuelo, así es que empezó a observarlo, con una curiosidad no exenta de simpatía.

Notó que el anciano acostumbraba a hablar solo, sentado en un sillón de la sala, mientras fumaba su pipa, que, dicho sea de paso, le tenían prohibida.

-Uno tropieza siempre con la misma piedra- murmuraba entre dientes- Hasta que se pone viejo y no se le presentan más piedras con las cuales tropezar...

Aspiraba el humo de la pipa mirando la fotografía de la abuela, que estaba sobre el piano y le brotaban del pecho unos suspiros tan hondos, que parecía que iba a echar el corazón afuera, de tanto suspirar.

Cuando Pablo se fijó en que el abuelo hablaba solo, se le ocurrió ponerle atención y descubrió que era todo un filósofo. Parecía que a medida que iba perdiendo dientes, iba ganando neuronas. A la Muerte no le tenía miedo. De hecho, hacía tiempo que le había perdido el respeto y le hablaba de tú a tú como a una vieja amiga.

Pablo empezó a sentarse cerca de su sillón, con el oído atento. El abuelo notó su presencia y de a poco empezó a conversar con él.

Entonces, Pablo se atrevió a contarle lo de la vecina...

Era una niña muy linda y había llegado a vivir justo en la casa del lado. Todas las tardes se ponía a leer en el jardín, debajo de un palto. Pablo pasaba en bicicleta por la vereda, pero no lograba que lo mirara... Aunque adivinaba que ella lo veía con los ojos que uno tiene adentro, que sabía de sobra que él andaba dando vueltas por ahí para verla y por eso mismo se empeñaba en no levantar la vista. Lo tenía tan enamorado que hasta había perdido el apetito y su mamá le había puesto el termómetro, creyendo que estaba enfermo...

Todo eso le contó al abuelo y el anciano le dijo:

-Tenemos que trazar un plan. El Amor es como la guerra. No la ganas si no tienes una buena estrategia.

Por esos días, los padres de Pablo le habían comprado al abuelo una silla de ruedas. El se había negado terminantemente a usarla.

-Eso es para los viejos- comentó despectivamente y la silla quedó abandonada al fondo del corredor. Al pasar por el lado, le daba un puntapié disimulado y le decía: ¡Córrete de aquí, inútil! ¡ A mí no vienes a bajarme la guardia!

Pero, al otro día le dijo a Pablo:

-La tarde está linda, muchacho. ¡Sácame a dar una vuelta!

Y se instaló en la silla.

Pablo quedó conmovido al ver que el abuelo sacrificaba su amor propio por ayudarlo a él.

Pasaron despacio frente a la casa de la vecina. Como siempre, la niña estaba sentada leyendo debajo del palto. No levantó la vista, así es que el abuelo aprovechó de echarle una buena mirada.

-Es linda- sentenció mientras se alejaban. Se notó que le daba el visto bueno y que el plan pasaba a una segunda fase.

Al día siguiente, salieron otra vez.

Justo cuando pasaban frente al jardín vecino, el abuelo empezó a tomarse el pecho con ambas manos y a respirar cortito.

-¡ Ay! - se quejaba en voz alta- ¡ Me falta el aire! ¡ Me siento mal!

Pablo alcanzó a asustarse, pero el anciano le hizo un guiño cómplice y siguió suspirando.

La niña levantó la vista alarmada y se acercó a la reja.

-¡ Un vaso de agua, por favor, linda!- le pidió el abuelo.

La niña entró a la casa corriendo y luego insistió en acercarle ella misma el vaso a los labios. El abuelo dio muestras de sentirse mejor y le tomó la mano para agradecerle.

Ella se ruborizó y por primera vez miró a Pablo de frente. El sintió que se le

doblaban las rodillas.

-¿Como te llamas, preciosa?- le preguntó el anciano.

-Mariana, señor.

-Yo me llamo Nicasio y este es mi nieto Pablo. ¡No sé qué haría sin él! Es tan paciente...y tan estudioso, además.

-Por favor, abuelo- lo interrumpió el nieto, rojo como la grana, porque encontró que el abuelo se estaba pasando de la raya.

Pero, la niña exclamó :

-¡Qué suerte, la suya, Don Nicasio, de tener un nieto así! Y le lanzó una mirada que lo hizo desear que el abuelo siguiera exagerando sin hacerse problema...

A la media hora de conversación, ya se habían puesto de acuerdo para salir a andar en bicicleta.

Esa noche, Pablo se acostó tan feliz que adivinó que no iba a poder dormir. En la oscuridad de su pieza se rió como un tonto y suspiró a media voz:

-¡Muchas gracias, abuelo!